

Palabras preliminares

El 19 de marzo de 2011 a las 16:45 GMT veinte cazas Rafale de la Armada del Aire francesa destruían en las afueras de Benghazi un número indeterminado de tanques y carros de combate pertenecientes a las fuerzas leales al dictador libio, Muammar Gaddafi. Esa misma noche, cazas F-18 de Ejército del Aire español despegaban de las bases de Morón de la Frontera y Rota hacia Libia, mientras la US Navy y la Marina Real británica lanzaban más de 110 misiles Tomahawk sobre objetivos libios, dando inicio a una operación militar multinacional que tenía como objeto confesable sacar al dictador del poder. El nombre de la operación: “Odisea al amanecer” (*Odyssey Dawn*). Pocos días después, el portavoz del Comando Africano del Ejército de los Estados Unidos, Eric Elliott, se apresuraba a declarar a *The Washington Post* que el homérico nombre no significaba “absolutamente nada”. A continuación, Elliott explicó un curioso sistema informático creado en 1975 por el Pentágono a fin de que sus mortales misiones tuvieran nombres inocuos y aleatorios.

Casualidad o no, Libia es mencionada dos veces en la *Odisea*. A Libia llega Menelao después de errar durante ocho años por Chipre, Fenicia, Egipto, Etiopía, el país de los sidonios y el de los erembos. Cuenta Menelao que en Libia “nacían corderos con cuernos” y las ovejas paren tres veces al año, de modo que nunca

faltan allí los quesos, las carnes, “ni la leche de gusto sabroso”. En los límites de Libia y Cartago situaban Herodoto, Apolodoro y Plinio el Viejo el mítico país de los lotófagos, y algunos viajeros como Escilax aseguraron haber estado allí. Al país de los lotófagos llegó el ingenioso Odiseo en su sufrido vagar. Aquella memorable noche en que contó sus aventuras a Alcínoo y los asombrados varones feacios, el rey de Ítaca recordó el día que llegó con sus hombres a la tierra de los comedores de loto: “el que probaba su meloso dulzor, al instante perdía todo gusto de volver y llegar con noticias a la patria, sino que solo ansiaba que- darse con aquellos lotófagos, dando al olvido el regreso”.

Casualidad o no, la operación para liberar a Libia no fue la única con nombre inspirado en la antigüedad grecorromana. El 19 de noviembre de 1942 el Ejército Rojo lanzó la “Operación Urano” (“cielo” en griego. Según Hesíodo, el Titán primigenio), destinada a expulsar a la Wehrmacht del río Volga. Una semana más tarde, el día veinticinco para ser exactos, comenzaba la “Operación Marte”, nombre romano de Ares, el dios de la guerra. Su objetivo, que no se pudo cumplir, era la liberación de la estratégica ciudad de Smolensko. Pero no solo en la Segunda Guerra Mundial. El nombre código de la operación para matar a Osama Bin Laden era “Operación Lanza de Neptuno” (*Operation Neptune Spear*). Neptuno, como sabemos, es el nombre romano de Poseidón, el dios griego del mar. Su tridente era poderosísimo: capaz de agitar las olas, hacer brotar manantiales y, cuando el dios se enfadaba de veras, producir los más violentos terremotos con un solo golpe en el suelo.

Pero ojalá simplemente se tratara de contabilizar operaciones militares con nombres antiguos, que si así fuera, los helenistas hubiésemos perdido ya nuestros precarios empleos. Si los nombres y las leyendas del mundo griego están presentes en la guerra, que es lugar donde nos enfrentamos a la muerte, con más razón en las formas y manifestaciones de la vida, aún de nuestra vida cotidiana, y más en su expresión más acabada, que es la cultura. Velázquez, que en la cara bobalicona y congestionada de unos

borrachos nos habla del omnímodo poder de Dionisos, dios del vino; Goya, que muestra la monstruosidad de la guerra en la figura de un Cronos devorando a sus hijos; Lope de Vega, que recrea el mito del Minotauro en su *Laberinto de Creta* y la dolorosísima historia del divino cantor en su *Orfeo y Eurídice*; Cervantes, que pone a su loco manchego perdidamente enamorado a comparar a su Dulcinea con la misma Helena de Troya: “Dulcinea es principal y bien nacida, de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos, a buen seguro que no le cabe poca parte sin la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Helena”.

Y no solo a un lado del Atlántico. También al otro, ese bello invento de los europeos que es el amor por nuestros ancestros, los antiguos griegos, echó pronto raíces y dio frutos de renovado dulzor, aclimatado ya a las nuevas tierras. En su clásico estudio, *Los libros del conquistador*, Irving Leonard nos muestra cómo los libros de los viejos griegos y romanos acompañaron a los primeros europeos que pisaron América. Junto a la espada, pues, los libros, la palabra. Pero era más que palabras lo que traían los conquistadores en sus mentes, era también imágenes y creencias cuando creían ver cíclopes, amazonas, sátiros y atlantes entre las raras formas de una fauna desconocida. Un siglo después, el *Arte* de Nebrija y su *Vocabulario*, es decir, la gramática y el diccionario latino, eran ya, junto a la Biblia y el *Quijote*, los libros más requeridos en las bibliotecas coloniales del Nuevo Mundo. El amor por los antiguos se implantará de tal manera en la cultura hispanoamericana, que un humanista como Andrés Bello, autor de una gramática latina y un derecho romano entre sus tantas obras, dirá en su *Alocución a la poesía*:

...es tiempo ya de que dejes la culta Europa
que tu nativa rustiquez desama...

No solo son palabras, de hecho, cuando los arquitectos del dieciocho y el diecinueve se esforzaban por poner columnas y capiteles griegos en los edificios públicos para recordar aquellos antiguos templos; cuando los atletas siguen hoy compitiendo para emular el viejo ideal olímpico de superación y perfección del cuerpo humano. Pero sí, quién puede negarlo, fue a través de las palabras como se transmitieron todas estas imágenes, estos conceptos y valores, estos sentimientos, creencias y actitudes, en fin, todo este mundo. Una lengua es el instrumento de civilización por excelencia.

Francisco Rodríguez Adrados, en su *Historia de la lengua griega*, nos recuerda que el griego es, junto al chino, la lengua más antigua de las que todavía se hablan en el mundo. Pero el maestro va más allá, y sugiere que hay otras formas de la pervivencia del griego, además de la lengua que se ha hablado y escrito desde Homero hasta Kavafis, Elytis y Seferis. Existe una especie de “criptogriego” subyacente a muchas de las palabras que actualmente hablamos de manera cotidiana en español como en cualquier lengua moderna. “Semáforo”, “teléfono”, “columpio”, “idea” o “música” son algunas de las casi 15.000 palabras que componen nuestra lengua, una de las más habladas del mundo. Si me preguntan cómo se manifiesta la herencia viva de los griegos en nuestro mundo actual, yo diría que no recordamos a los griegos por sus estupendas ruinas, que muchas y muy hermosas nos han dejado también los egipcios, los antiguos chinos, los aztecas o los mayas. Más que por sus ruinas, recordamos a los viejos griegos a través de las palabras que nos dejaron, porque fueron capaces de inventarse y de criticarse, desarrollando un *lógos crítico* que aún hoy seguimos cultivando, unas ideas, unos valores y unos sentimientos de los que hemos terminado por apropiarnos. Recordamos a los antiguos griegos por sus palabras antiquísimas pero siempre nuevas, inasibles aunque siempre renovando su forma y contenido, inalterables en su esencia y cambiantes a la vez.

Este libro recoge algunos de los artículos que publiqué semanalmente en la prensa de Caracas entre mayo de 2012 y enero

de 2018. Debe su existencia al apoyo y entusiasmo de dos grandes amigos, maestros y colegas (en ese orden), sin los cuales no hubiera sido posible: Felipe Hernández Muñoz y Carlos García Gual. Escribí estos artículos preocupado por hacer visible aquello que, como esas verdades presupuestas que de tanto saberlas, terminamos por obviarlas y finalmente ignorarlas, aquello que de tanto estar ante nuestros ojos terminamos por no mirarlo. Los escribí también con el ánimo de ayudar a comprendernos y entendernos a nosotros mismos, pues, como dice Mary Beard en *La herencia viva de los clásicos*, “el estudio de las clásicas es el estudio de lo que existe entre la Antigüedad y nosotros mismos”. Estudiar a los antiguos griegos es también, pues, una forma de estudiarnos a nosotros en nuestras formas de recepción y apropiación, en el proceso de enriquecimiento y evolución de nuestra propia cultura. En suma, escribí estos pequeños artículos porque, como dice Carlos García Gual, los clásicos “nos hacen críticos, escépticos y más imaginativos”, es decir, más inteligentes. Descubrir su presencia vigente aunque inadvertida es, pues, una forma de reafirmar nuestro vínculo con la civilización.

En la segunda de sus *Meditaciones metafísicas*, Descartes trata de explicarnos el difícil concepto de “substancia” con un ejemplo genial. Habla de un pedazo de cera que acaba de ser sacada de la colmena. La cera mantiene una serie de características físicas que permiten reconocerla como tal: un tamaño, una textura, una temperatura, un color, un olor, un sabor. Sin embargo, al colocarla junto al fuego estas características cambian o desaparecen: se desvanece su figura, se hace líquida, cambia su temperatura haciéndose cálida, desaparece su color y su olor se hace más intenso. “¿Queda todavía la misma cera?”, se pregunta el filósofo. ¿Qué queda de aquel objeto que antes percibía tan claramente? Y sin embargo, asegura Descartes, “la cera permanece”. Es un poco lo que ocurre con aquellas viejas palabras griegas, aquellas ideas, sentimientos y valores, aquel mundo que de una u otra forma ha permanecido vivo desde Homero hasta nosotros. Es un poco, también, lo que dice de manera más poética Ovidio

en aquellos versos de la *Metamorfosis*: “Todo muta, nada perece. Erra de aquí para allá y de allá para acá viene el espíritu, ocupando cualquier miembro”.

Mariano Nava Contreras

Mérida, Venezuela, febrero de 2018